

Cuando pienso en Cuba, mejor me acuerdo del balcón de doña Berta, con su enorme vista al mar que apenas alcanza para refrescarle a ella sus memorias y sus nostalgias de Puntarenas, Costa Rica, donde nació y vivió hasta los cuarenta años.

Ahora tiene setenta y cinco pero parece que son siglos los que lleva mirando al mar, con esa mirada suficiente y amorosa con que mira también a los que la rodean.

Amurallándole el paso a la azul explanada, como inmenso telón que ondulara al aire caliente, La Habana, al otro lado del balcón, despellejada y sudorosa, se declara vencida ante la sal del aire.

Es con su mirada que hace cuarenta y cinco años doña Berta enamoró a Don Carlos, el cubano que se casó con ella en Puntarenas: siempre al lado del mar, fondo musical de su vida, de sus gestos, de su entonación al conversar.

"Carlos andaba en Costa Rica en sus asuntos —doña Berta no explica los asuntos— allá nos casamos, y cuando Carmen tenía diez años, nos vinimos definitivamente para acá".

Me acordé de lo que me decían mis dos abuelas, contemporáneas de doña Berta: "¡Ay, m'hijita, no se case con un extranjero, no sabe qué cosa tan terrible es el *mal de*